

Lo que se avecina

**Cinco ganadores del Premio
Nóbel explican cuál creen que
será el problema más grande para
la economía mundial del futuro**

Calentamiento global Una segunda verdad incómoda

George A. Akerlof

LA GENTE piensa en términos narrativos. Pero si la narración no refleja la realidad, uno se mete en líos. Benjamin Lee Whorf, un ingeniero estadounidense especialista en prevención de incendios, era aficionado a la lingüística y la antropología. En los años veinte, observó que los incendios eran frecuentes en las gasolineras y, aplicando principios lingüísticos, descubrió que los trabajadores que manejaban los barriles utilizados entonces para transportar gasolina encendían cigarrillos cerca de los barriles que “sabían” que estaban “vacíos”.

Una maniobra lingüística parecida le está creando muchos problemas al mundo de hoy. Cada tantos años, los dirigentes mundiales se reúnen en grandes cónclaves: Río de Janeiro, Kioto, Johannesburgo, Copenhague. Los pronunciamientos son solemnes, pero la acción contra el calentamiento global inevitablemente

El relato que usamos para explicar el calentamiento global es demasiado frío y demasiado tímido.

se posterga. El lenguaje del calentamiento global no motiva ni a los particulares ni a los gobiernos a actuar ya mismo.

Una narración simple es convincente y veraz: la atmósfera es como una manta que protege el planeta. Esa manta permite que la energía solar penetre y caliente la Tierra, y que luego ese calor se pierda con más lentitud.

Colectivamente, los seres humanos tenemos un bebé: la Tierra. Año tras año, inexorablemente, la manta con que la atmósfera envuelve nuestro bebé se vuelve más y más y más pesada. Un simple viaje de 160 km ida y vuelta, que consume 18 litros de gasolina, añade 45 kg de dióxido de carbono a la atmósfera. Con esas actividades inocentes, la familia estadounidense promedio,



George A. Akerlof fue galardonado con el Premio Nobel de Economía en 2001. Es experto invitado del Departamento de Estudios del FMI, profesor emérito de Economía en la Universidad de California, Berkeley; su obra más reciente, junto con Rachel Kranton, es Identity Economics: How Our Identities Shape Our Work, Wages, and Well-Being.

por ejemplo, le agrega 816 kg por semana a la manta que protege la Tierra. Sumemos todas las familias del mundo entero y agreguemos una pizca de conocimiento científico a nuestra comprensión intuitiva de los bebés y las mantas, y es fácil ver que, con toda probabilidad, el mundo se está volviendo más y más y más caliente.

En esas circunstancias, cualquier padre se abalanzaría a rescatar a su bebé. Pero el relato que usamos para explicar el calentamiento global es demasiado frío y demasiado tímido. Leemos las proclamaciones del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático. Deferimos a las conclusiones de los “científicos”, que se han expresado con una voz prácticamente unánime y a menudo con gran vehemencia e intensidad, pero el desapasionamiento profesional de la ciencia sofoca el mensaje. Recuerdo una cena de hace unos 20 años en la que me sentaron al lado de un famoso astrónomo. No sabiendo de qué conversar con un astrónomo, saqué el tema del cambio climático y me

(continúa en la pág. 19)

El estímulo de la demanda

Una crisis no resuelta

Paul Krugman

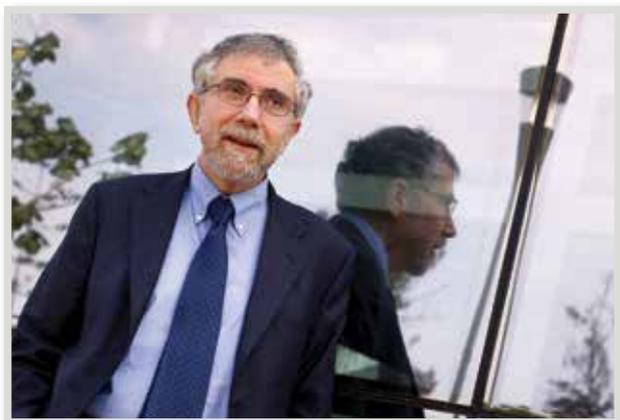
EN LA MITAD de la segunda década del siglo XXI, el problema más grande que enfrenta la economía mundial —o al menos los países relativamente ricos— es un problema que a muchos economistas jamás se nos ocurrió que veríamos. Por primera vez desde los años treinta, el mundo parece estar sufriendo de una falta persistente de demanda adecuada; simplemente la gente no está gastando lo suficiente como para usar la capacidad productiva que tenemos. Este problema supuestamente estaba resuelto: había aquejado a nuestros abuelos, y no se iba a repetir. Pero se repitió, y la solución no está clara.

Veamos algunas cifras crudas. Si tomamos el agregado “economías avanzadas” que el FMI usa en la base de datos de su informe *Perspectivas de la economía mundial* (informe WEO), vemos que el PIB real combinado de estas economías creció 18% entre 2000 y 2007. Las proyecciones hechas en aquel entonces apuntaban a que el crecimiento a mediano plazo continuaría a una tasa similar. Sin embargo, ahora parece que las economías avanzadas habrán crecido apenas 6%, aproximadamente, entre 2007 y 2014; es decir, un 10% menos de lo que considerábamos como la tendencia.

Hay que reconocer que el argumento general es que el volumen efectivo de capacidad económica ociosa es mucho menor; según la misma base de datos, la brecha del producto actual del agregado “economías avanzadas” es apenas 2,2%. Pero sería una gran equivocación tomar la pequeña brecha del producto estimada como indicio de que la política económica no está fracasando, por dos razones.

Primero, no sabemos realmente a qué distancia estamos operando por debajo del máximo de capacidad. Las grandes caídas de la participación en la fuerza laboral estadounidense o de la productividad británica, ¿son seculares, es decir a largo plazo, o son cíclicas, es decir, son consecuencia de que la gente deja de buscar trabajo porque no ve oportunidades? La estabilidad de la inflación a niveles bajos, ¿es muestra de que la economía está operando casi a plena capacidad o se debe a que los trabajadores no están dispuestos a aceptar recortes salariales (con lo cual la curva de Phillips —la relación históricamente inversa entre las tasas de desempleo y las correspondientes tasas de inflación— resulta plana a un bajo nivel de inflación)? Nadie lo sabe, y sería trágico aceptar un producto bajo y un desempleo elevado como inevitables cuando en realidad podrían ser sencillamente un reflejo de la insuficiencia de la demanda.

Segundo, si el crecimiento del potencial productivo ha disminuido tanto como lo sugieren las estimaciones, lo que estamos viviendo son los pronunciados efectos a largo plazo de problemas económicos que supuestamente son a corto plazo: haber permitido que echara raíz una recesión mundial profunda parece haber conducido, con el correr del tiempo, a un enorme deterioro de las perspectivas económicas a más largo plazo. Esto implica, a su vez, que sustentar una demanda



Paul Krugman fue galardonado con el Premio Nóbel en 2008. Es profesor de Economía y Relaciones Internacionales en la Universidad de Princeton y columnista del New York Times; su obra más reciente es *End This Depression Now!*

adecuada es tremendamente importante, no solo a corto plazo sino también a largo plazo.

Por ende, estimular la demanda debería ser una prioridad urgente. Lamentablemente, lo que hemos aprendido desde 2007 es que las instituciones encargadas de formular la política económica no están en absoluto bien preparadas para enfrentar déficits de demanda grandes y sostenidos.

Durante la Gran Moderación —como los economistas estadounidenses James Stock y Mark Watson han denominado a la disminución de la volatilidad macroeconómica estadounidense ocurrida a mediados de los años ochenta—, pensábamos que teníamos controlada la formulación de políticas macroeconómicas. La gestión de la demanda estaba en manos de tecnócratas en bancos centrales independientes, en tanto que la política fiscal se centraba en temas de largo plazo. Sin embargo, resulta que ante shocks fuertes y sostenidos, este sistema se desmorona. Por un lado, los bancos centrales están restringidos por el límite inferior cero —el hecho de que las tasas de interés no pueden entrar en terreno negativo— y por la inquietud en torno al tamaño de su balance. Por el otro, lejos de ayudar, la política fiscal no tardó en empeorar las cosas, ya que está atada de manos tanto por la asimetría entre deudores y acreedores —aquellos, obligados a recortar; estos, sin obligación de expandir— como por las desavenencias políticas internas. A veces digo en broma que Europa y Estados Unidos están compitiendo para ver quién maneja peor la crisis actual; por ahora Europa está a la cabeza, pero no por mucho.

Sería grato pensar que se trata de problemas pasajeros, y quizás así sea. Pero ahora sabemos que la estabilidad de la Gran Moderación dependía de un aumento constante de la deuda de los hogares y de un crecimiento relativamente rápido de la población en edad activa. Ninguno de los dos se repetirá, y no hay muchos indicios de un cambio en las políticas.

Así que la insuficiencia de la demanda todavía es un problema muy grave, y daría la impresión de que se perpetuará durante mucho tiempo. Tenemos que encontrar una forma de resolver esta situación. ■

Estancamiento secular

Economías prósperas en punto muerto

Robert Solow

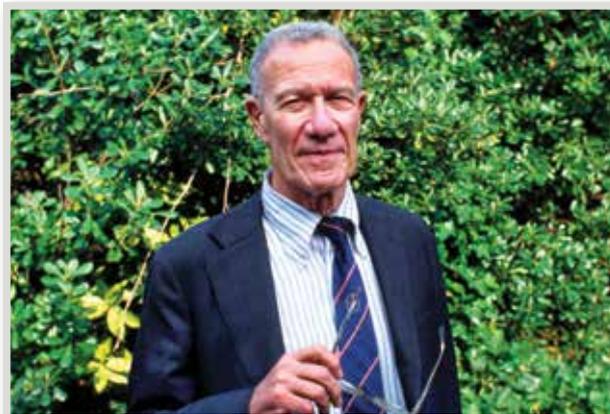
EL MUNDO no tiene posibilidades de librarse de problemas económicos apremiantes en los próximos 50 años. La lista de ellos incluye lidiar con las causas y las consecuencias del cambio climático, responder —o no— al aumento de la desigualdad del ingreso y la riqueza dentro de las economías nacionales y, en el caso de las economías prósperas, alterar o adaptarse a la aparente tendencia de la conjunción de tecnología y demanda a crear empleo en los extremos superior e inferior del espectro de aptitudes y sueldos, pero no —ni por lejos— lo suficiente en el medio.

Sin embargo, desearía plantear una cuestión aparentemente menos cósmica: las economías prósperas de Europa, Japón y América del Norte, ¿están atrapadas en un episodio de “estancamiento secular” que probablemente sea más que transitorio? Lo que me lleva a elegir este tema es que si la respuesta es afirmativa y si no encontramos una salida pronto, hay muchas menos probabilidades de que logremos solucionar los problemas más grandes.

El término estancamiento secular —formulado por el economista estadounidense Alvin Hansen durante los años treinta— denota una tendencia persistente de una economía nacional (o un grupo de economías) no solo a crecer con lentitud, sino más concretamente a encontrarse parcial o totalmente incapacitada para aprovechar al máximo su potencial productivo. En esa época, se habría descrito la situación como una escasez de oportunidades de inversión con una tasa de rendimiento aceptable para los inversionistas. Hoy, diríamos que la tasa real de interés compatible con la utilización plena es negativa, y no siempre se puede lograr.

¿Qué prueba tenemos de que el estancamiento secular se ha transformado en un peligro? La respuesta tiene dos partes. La primera es el argumento, formulado con especial contundencia por el economista estadounidense Robert Gordon, de que tanto la población como la productividad total de los factores crecerán con más lentitud en el futuro. La proyección demográfica es bastante segura. El pesimismo en torno al aumento de la productividad total de los factores —en términos de eficiencia del capital y de la mano de obra— se justifica más que nada si creemos que la ola de la tecnología de la información no puede mejorar el producto ni el bienestar de la misma manera en que lo hicieron en su momento las grandes olas tecnológicas del pasado, como la combustión interna, la electrificación y la urbanización. El argumento del estancamiento secular rige aun si este lento crecimiento tiene una probabilidad sustancial de hacerse realidad.

La segunda parte del argumento se desprende de la primera. El aumento demográfico (a través de la “ampliación” del capital) y los avances tecnológicos (a través de la necesidad de capacidad nueva) son las principales fuerzas que han impedido que el rendimiento de la inversión privada disminuyera, a



Robert Solow fue galardonado con el Premio Nóbel de Economía en 1987 por su contribución a la teoría del crecimiento económico. Es profesor emérito del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT).

pesar de la creciente intensidad del capital y los rendimientos decrecientes. En un futuro con crecimiento lento, el ahorro continuará, la tasa de rendimiento retrocederá y la inversión privada se debilitará.

Además —sostiene este argumento— los acontecimientos recientes confirman este pesimismo. Únicamente las burbujas —de la tecnología, de la vivienda— han podido generar prosperidad en los últimos años, y sabemos que eso no dura. Aquí estamos, a cinco años del fin oficial de la última recesión, y ni Estados Unidos ni Europa —y mucho menos Japón— han podido restablecer ni por lejos la utilización plena. Esta debilidad prolongada al menos es congruente con la idea del estancamiento secular.

Pero no del todo. Gran parte de la debilidad de la demanda privada puede atribuirse directamente a un déficit del gasto en construcción, tanto residencial como no residencial. (Esto también podría dar cuenta de la desaparición de muchos empleos bien remunerados). La causa no es un misterio. Las economías que experimentaron burbujas del sector de la vivienda en los años previos a la crisis terminaron con un exceso de casas y un mercado hipotecario trastornado. Algo parecido ocurrió con los edificios de oficinas y otras edificaciones comerciales.

No obstante, parte del misterio persiste. En Estados Unidos, al menos, la inversión empresarial no se ha recuperado del todo de la recesión, a pesar de que las utilidades han sido muy sólidas. El resultado, como lo señalan en un estudio inédito Martin Baily y Barry Bosworth, de la Brookings Institution, es que en el sector empresarial el ahorro supera la inversión desde 2009. El sector empresarial, normalmente prestatario neto, ha pasado a ser un prestamista neto al resto de la economía. Esto suena más bien a reacción ante una disminución prevista de la tasa de rendimiento de la inversión, como lo sugiere la hipótesis del estancamiento.

La conclusión prudente —¿está de moda la prudencia estos días?— es que la hipótesis del estancamiento no es cosa segura, pero tampoco es descabellada. Los temores de Hansen quedaron eclipsados por la Segunda Guerra Mundial y la expansión del gobierno que le siguió. Tendríamos que comenzar a plantearnos ya una política de respuesta adecuada. ■

Inclusión

Promover y adaptarse al crecimiento de las economías en desarrollo

Michael Spence

LOS RETOS apremiantes para la economía mundial abundan, pero en mi opinión el más destacado es dar espacio al crecimiento de economías en desarrollo y llevar a término el proceso de convergencia que comenzó después de la Segunda Guerra Mundial. Esto encierra la promesa no solo de una drástica reducción de la pobreza, sino también de más oportunidades de llevar vidas saludables, productivas y creativas para el 85% de la población mundial que experimentó un crecimiento económico significativo por primera vez en la época de la posguerra. Esta expansión gigantesca de la inclusión podría ser la característica decisiva del siglo. Pero lograr que ocurra es más fácil en la teoría que en la práctica.

La inclusión requerirá un cambio de mentalidad, políticas de respuesta e instituciones, tanto nacionales como internacionales. El objetivo es que los beneficios del ascenso del mundo en desarrollo se distribuyan de la manera lo más amplia posible, incluso en un momento de profundas transiciones que están alterando los precios relativos, transformando profundamente la estructura económica de las economías tanto avanzadas como en desarrollo y cambiando la distribución del ingreso y la riqueza.

Si prospera, el proceso de convergencia triplicará el tamaño de la economía mundial en los próximos 25 a 30 años, y aún más si tomamos como base el comienzo del proceso de convergencia —1950— en lugar de la actualidad. Empezar ese recorrido, sin ajustar el uso mundial de los recursos naturales, hará que el crecimiento se entelezca hasta detenerse o, lo que es peor, terminará en un fracaso catastrófico llegado un punto de inflexión ambiental o ecológico. La sostenibilidad del medio ambiente es esencial para dar cabida al ascenso del mundo en desarrollo.

Todas las economías descansan sobre un cimiento de activos tangibles e intangibles. A menudo se puede sustentar el crecimiento durante algún tiempo aun cuando la inversión es insuficiente y esos activos disminuyen o al menos no cambian, pero esa situación no puede mantenerse indefinidamente. Estamos tomando conciencia de que el capital natural representa una importante subclase de activos que sirven de base para la economía mundial. Una inversión insuficiente en capital natural no solo le restará calidad al crecimiento, sino que terminará socavándolo o incluso empujándolo a territorio negativo. Es por eso que la labor actual de medición del capital natural representa un paso importante hacia la adopción de patrones de crecimiento sostenible a escala mundial.

Segundo, se plantean cuestiones de distribución. En las economías avanzadas, las fuerzas de mercado tecnológicas y mundiales están reduciendo o eliminando cada vez más empleos mediante la automatización, la eliminación de intermediarios y la deslocalización en cambiantes cadenas mundiales de suministro.



Michael Spence fue galardonado con el Premio Nóbel de Economía en 2001. Es profesor de Economía en la Escuela de Empresa Stern de la Universidad de Nueva York, distinguido miembro visitante del Consejo de Relaciones Externas, Investigador Principal de la Institución Hoover de la Universidad de Stanford y Presidente del Consejo Académico del Instituto Internacional Fung.

Como este cambio es tan veloz, los mercados laborales están desequilibrados; el capital humano no puede seguirle el ritmo a la evolución de la demanda de la economía mundial. Apresurarse a retomar el equilibrio es algo que reviste gran prioridad para el crecimiento y la distribución equitativa prácticamente en el mundo entero. Y aun si esto ocurriera más rápido que ahora, las desigualdades persistirían.

Por el momento, no existe un consenso sobre cómo lidiar con las distintas formas de desigualdad. Hay quienes piensan que corresponde centrarse en la pobreza y dejar que los resultados del mercado decidan el resto. Otros se preocupan por los perdedores absolutos —los jóvenes desempleados, por ejemplo— y la distribución de la carga, especialmente después de fuertes shocks económicos como los acaecidos en los últimos tiempos. Hay también quienes se concentran en las pérdidas y las ganancias absolutas y relativas, y hacen hincapié en las absolutas. A pesar de estas diferencias, la mayoría de las sociedades, avanzadas y en desarrollo, comparten el deseo de que exista una movilidad ascendente intergeneracional. En este caso, las tendencias variarían según el país, y en muchos son preocupantes.

Si las tecnologías digitales que ahorran mano de obra y capital y favorecen al trabajador calificado son tan poderosas como muchos creemos, incrementarán drásticamente la productividad. No está tan claro, al menos no en los países de alto ingreso, que el “sobrante” deba dedicarse a la producción y al consumo de más bienes y servicios. Quizá debería destinarse a expandir el ocio. Y quizá la semana laboral se acorte en promedio (o debería acortarse). Si así ocurre, necesitaremos indicadores del bienestar más exhaustivos que el valor total de los bienes y servicios adquiridos en operaciones de mercado contabilizables. Esta evolución no funcionará si el modelo de empleo se mantiene sin cambios, con una mayoría que trabaja a tiempo completo en el sentido tradicional y una creciente minoría que está desempleada.

(continúa en la pág. 19)

Desigualdad

La economía debería estar al servicio de la sociedad

Joseph E. Stiglitz

LA BATALLA más importante de la economía mundial librada después de la Segunda Guerra Mundial fue entre sistemas económicos: ¿era el comunismo o el capitalismo el que ofrecía la mejor manera de lograr crecimiento y prosperidad para todos? Con la caída del Muro de Berlín, la batalla acabó. Pero está comenzando otra: ¿qué modalidad de economía de mercado funciona mejor?

Durante mucho tiempo, pareció triunfar el capitalismo democrático estadounidense. Estados Unidos promovió la desregulación, la privatización y la liberalización en el mundo entero, mediante un conjunto de políticas que dieron en llamarse Consenso de Washington. Pero cuando llegó la crisis financiera mundial de 2008, fue el gobierno el que salvó al mercado de sus excesos. El intento por minimizar el papel del gobierno fracasó estrepitosamente, y llevó al gobierno a tomar medidas sin precedentes.

Pasada la crisis, muchos examinaron el sistema económico estadounidense más de cerca. Quedó claro que, con un ingreso mediano estancado durante más de un cuarto de siglo, el sistema no estaba al servicio de la mayoría de los ciudadanos, aun si a los estratos más altos les iba muy bien. Se puso en tela de juicio incluso el sistema político: la desigualdad económica se tradujo en desigualdad política, como lo demuestra con tanta claridad el hecho de que los bancos que habían causado la crisis pudieron oponerse a las reformas que la mayoría de los economistas consideraban necesarias para evitar que se repitiera. La democracia va más allá de la elección periódica de autoridades políticas, y los resultados de la democracia estadounidense parecían estar cada vez más de acuerdo con “un dólar, un voto” que con “una persona, un voto”.

El economista francés Thomas Piketty sostiene que los elevados niveles de desigualdad representan el estado natural del capitalismo: fue solo durante un breve interludio después de la Segunda Guerra Mundial que, gracias a la solidaridad que la contienda despertó, las cosas cambiaron. Piketty confirma lo que otros han observado: el enorme aumento de la desigualdad tanto del ingreso como de la riqueza durante las tres últimas décadas, y la creciente importancia de la riqueza heredada. Según sus previsiones, estas tendencias continuarán.

En mi opinión, este nivel elevado y creciente de desigualdad no es el resultado inevitable del capitalismo ni la obra de fuerzas económicas inexorables. Hay países con niveles mucho más bajos de desigualdad —y un crecimiento igualmente vigoroso— cuya ciudadanía, especialmente la mitad menos favorecida, está mucho mejor que sus pares de Estados Unidos. Algunos países —a saber, Brasil— incluso han reducido significativamente la desigualdad en los últimos años. La profunda y creciente desigualdad que impera en Estados Unidos es fruto de las políticas adoptadas y



*Joseph E. Stiglitz fue galardonado con el Premio Nobel de Economía en 2001 y en la actualidad es profesor en la Universidad de Columbia. Su última obra, junto con Bruce C. Greenwald, se titula *Creating a Learning Society: A New Approach to Growth, Development, and Social Progress*.*

de la política, y los países que han emulado a Estados Unidos —el Reino Unido, por ejemplo— están viendo resultados parecidos. La desigualdad es resultado del falso capitalismo del país, repleto de monopolios y oligopolios, beneficios otorgados por el gobierno a las empresas y los ricos, salvatajes de bancos, deficiencias de gobernabilidad empresarial y leyes impositivas que les permiten a los más ricos aparcar el dinero en paraísos tributarios *offshore* y pagar impuestos mucho más bajos de lo que les corresponde.

Acertadamente, el FMI hace poco hizo hincapié en los efectos adversos que tiene esta desigualdad en la evolución de la economía. En *The Price of Inequality*, explico cómo podríamos tener simultáneamente más crecimiento y estabilidad y más igualdad, especialmente en los países en que la desigualdad ha alcanzado extremos como en Estados Unidos. La teoría económica del goteo no funciona, como lo muestran sobradamente los datos estadounidenses. Y esto es así especialmente cuando gran parte de la desigualdad es producto de la captación de rentas (los que están más arriba se hacen con una proporción cada vez mayor de la riqueza nacional) y de la ausencia de igualdad de oportunidades, que implica que los que están más abajo nunca tienen la posibilidad de hacer realidad su potencial.

El falso capitalismo que ha surgido en Estados Unidos y algunos otros países es el producto previsible y previsto de una democracia fallada que permite a la desigualdad económica traducirse con facilidad en desigualdad política, en un círculo vicioso en el cual un aumento de una forma de desigualdad exacerba la otra.

El principal reto que enfrentará la economía mundial en las próximas décadas va más allá de moderar los excesos de la economía de mercado, y consiste entre otras cosas en evitar la toma de riesgos excesiva, los préstamos abusivos y la manipulación del mercado que tan claramente manifestaron las instituciones financieras en los últimos años. Implica hacer que los mercados funcionen como deberían: con una competencia fuerte que impulse una innovación que mejore los niveles de vida, no el tipo

(continúa en la pág. 19)

(Akerlof, continúa de la pág. 14)

respondió: “Aún no tenemos confirmación del calentamiento global causado por el cambio climático antropogénico”.

En términos científicos, tenía razón en no hablar con certeza absoluta. Pero para los efectos de la política pública, dado que es muy probable que el calentamiento global sea causado por la humanidad, esa prudencia es insensata. Un padre no le toma la temperatura al bebé para saber si el cuarto está demasiado caliente; del mismo modo, necesitamos una narrativa sobre el calentamiento global que nos impulse a hacer lo necesario.

Y la necesitamos no solo para nosotros, sino también para infundir a nuestros gobiernos la legitimidad y la voluntad de actuar. La dinámica económica del calentamiento global no podría estar más clara: la mejor manera de combatirlo —aunque a un costo considerable— es fijar un impuesto uniforme sobre las

emisiones de dióxido de carbono, y subirlo hasta que las emisiones caigan a niveles aconsejables. Una política óptima también implicaría subsidiar la investigación y el desarrollo dedicados a la reducción de las emisiones.

Pero el calentamiento global es un problema mundial, y las emisiones se producen en todos lados, así que los impuestos y los subsidios deben ser mundiales. Todos los países deben sentirse obligados a participar. Necesitamos una alianza mundial con la participación de todos. Debemos convencernos de que hay que luchar, y luchar hasta el cansancio. ¿Por qué? Porque la Tierra es nuestro hermoso bebé.

Hay dos verdades incómodas. La primera es el calentamiento global en sí. La segunda es que la narración que escuchamos todavía no nos lleva a combatirlo. ■

(Spence, continúa de la pág. 17)

Pasando a la estabilidad y la coordinación internacional de la política económica, sería injusto caracterizarlas como un fracaso. El Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio fue decisivo para abrir la economía mundial, nivelar el campo de juego y facilitar el crecimiento de las economías en desarrollo. Los gobiernos y los bancos centrales efectivamente cooperan en situaciones de crisis y realizan aportes positivos cruciales. Y las instituciones financieras internacionales han contribuido mucho a la reducción de la pobreza y la estabilidad económica de las economías emergentes, dando muestra de flexibilidad en las políticas al comprender cada vez mejor el comportamiento de la economía mundial y los sistemas financieros.

Pero la reforma de la estructura de gobierno de estas instituciones ha quedado rezagada con respecto a la evolución del tamaño y la influencia relativos de las grandes economías emergentes. Eso les resta credibilidad y autoridad y, por lo tanto, capacidad para coordinar políticas. Segundo, particularmente en el ámbito de las finanzas y la política monetaria, los efectos de contagio en gran medida no han captado la atención de las

grandes entidades normativas nacionales, cuyo mandato les exige centrarse en la esfera interna. Las autoridades parecen estar regulando los núcleos de redes individuales sin prestar atención a los efectos globales de esas decisiones y a los circuitos de interacción.

La gobernabilidad supranacional eficaz es, en el mejor de los casos, una tarea inconclusa. No hay más que mirar a la Unión Europea y la zona del euro para tener idea del reto que supone alinear la regulación y la gestión macroeconómica con la creciente interdependencia de la economía mundial o de algunas de sus partes. Las cuestiones de base son la soberanía, la identidad y la autodeterminación democrática.

Nuestros hijos y nietos vivirán en una economía mundial más grande, más interconectada y equitativamente distribuida en términos de masa y potencia económica, y heterogénea con respecto a los niveles de ingreso, las etapas de desarrollo y las culturas. Aprender a hacer lo necesario para que el avance sea sostenible, estable y equitativo es el gran reto económico para todos los países —avanzados o en desarrollo— y sus ciudadanos. ■

(Stiglitz, continúa de la pág. 18)

de innovación centrada en cómo hacerse con una proporción más grande del ingreso nacional y evitar regulaciones concebidas para que la economía funcione bien. Implica asegurar no solo un crecimiento económico vigoroso sino también una prosperidad común. Implica velar por que la economía esté al servicio de la sociedad, y no al revés. Cuando los “avances” económicos —ya sea la globalización o la creación del euro— implican fuertes recortes de los sueldos o las prestaciones públicas para amplias

frangas de la sociedad, tenemos que preguntarnos si estamos confundiendo los medios con los fines.

Y el principal reto que enfrenta el sistema político a nivel mundial es asegurar que los procesos democráticos representen verdaderamente los intereses del ciudadano de a pie. Quebrantar el poder que tiene el dinero en la política no será fácil. Pero si no lo hacemos, afrontaremos decepciones en nuestras economías y nuestras democracias. ■